

sa teatral. Mi jefe me pidió que a Mark Twain, para que presentara en una próxima función de beneficencia el escritor me diera una cita, y en la presencia de gran nerviosidad ante la entrevista con el gran humorista. De darle cuenta de mi cometido lo imposible. Se trataba de un gran hombre muy ocupado, y no iba yo a hacerle perder su precioso tiempo.

Al llegar a punto, que era la hora de la función en la vieja casona de ladrillos de la calle Mark Twain en persona vino a verme. Adelante —me dijo en tono cortés— Bernhardt, eh? Voy a contarle un día de mi vida. Cuando yo era niño

mi madre sugirió que fuéramos a teatro. Los billetes costaban cinco dólares y mi padre me dio sólo tres dólares cada uno. Por eso fui a la casa, a hacer trabajos eventuales. Mis hermanas francesas, muy pobres, me ayudaron a la llegada de la Bernhardt a hacer unos vestidos. Mi madre me enseñó a las pobres mujeres no ganar de un modo satisfactorio y mi deberíamos despilfarrar el dinero. Allí no había gente que tenía hambre. Me equivoqué a aquellas mujeres nuestros agregaron otro, y con los diez

dólares resultantes compraron dos lunetas y fueron a ver a la Bernhardt". Y el simpático viejo me hizo un guiño con sus ojos expresivos y me invitó a entrar a la sala de su casa. Insistió en que aceptara un cigarro y comentó siguiendo el curso de su amenísima conversación: "Eso me hace recordar otra anécdota..."

Cuando me di cuenta de que eran las cuatro, sentí un terror: había robado una hora de su valiosa vida a aquel hombre y todavía no le había dicho lo que tenía que decirle. A las cinco principié a pensar que yo también era hombre ocupado; pero entonces el torrente de la amena conversación de Mark Twain estaba en su apogeo: me hacía preguntas sobre el teatro, sobre mi experiencia, y menudeaban los cuentos relacionados con acontecimientos de que él mismo había sido autor. A las seis principié a pensar en la cena. Tenía que estar en el teatro a las siete... Veinte minutos después, el famoso escritor me acompañó hasta la puerta. "He pasado una tarde encantadora —comentó—. Siento que tengamos que interrumpir nuestra charla, pero me imagino que usted tiene algo que hacer... Yo también tengo que hacer algunas cosillas".

"Señor Clemens —me atreví entonces a decir—, yo realmente vine a suplicarle..."

"¡Oh, sí! —interrumpió—. Completamente de acuerdo. Apúnteme en el revés de este sobre el lugar y la hora. Allí estaré". Y vino hasta la acera, a despedirme. "No olvide —insistió aún— mandarme escrito ese cuento que me refirió. Se lo suplico".